
PAUL A. SOUDERS

LAS PROFECÍAS DE APOLO

EL ORÁCULO DE DELFOS

«Conócete a ti mismo.» Esta máxima esculpida en el templo délfico de Apolo apelaba al sentido común a la hora de interpretar los ambiguos oráculos del dios, consultado por ciudades y particulares antes de acometer cualquier empresa

Texto CARLOS GARCÍA GUAL
CATEDRÁTICO DE FILOLOGÍA GRIEGA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Se dicen muchas cosas diferentes sobre Delfos, y todavía más sobre el oráculo de Apolo.» Así empieza Pausanias su descripción del que fuera el más importante santuario del mundo griego, antes de dar comienzo a una profusa relación de todos sus monumentos y tesoros, procedentes de las más diversas ciudades y territorios helénicos. Desde el mito de su fundación hasta las leyendas que envuelven las célebres sentencias dadas por Apolo a través de su profetisa, la Pitia, todo en Delfos es evocador del enigma. A esa atmósfera de misterio contribuye su propio emplazamiento, en la ladera meridional de la cordillera del Parnaso, un marco natural de impresionante belleza, arropado por un semicírculo de altas montañas y frente al gran valle que desciende hacia el golfo de Corinto. En la concavidad que se ahonda hacia



BRIDGEMAN ART LIBRARY

La sacerdotisa pitia, sentada en un trípode con una rama de laurel (el árbol sagrado de Apolo) en una mano y una vasija en la otra, representada junto a Egeo, mítico rey de Atenas, en una cerámica de figuras rojas de hacia el 440 a.C. Museo del Estado, Berlín

El teatro de Delfos (arriba). Situado al final de la Vía Sagrada, fue construido en piedra calcárea del monte Parnaso hacia el siglo IV a.C., aunque las ruinas actuales datan de época romana imperial. A sus pies pueden verse los restos del gran templo dedicado a Apolo

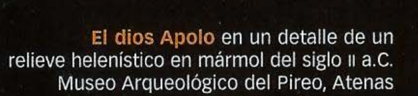
La Pitia, voz del dios

LA PITIA, o pitonisa, profería sus vaticinios en un estado de trance o locura profética. Era como si el dios entrara en ella y se expresara mediante su voz. Ella respondía a las consultas poseída por el «entusiasmo», como *éntheos*, llena de fervor divino (de un modo similar a como actúan algunos mediums espiritistas). Ya los antiguos intentaron explicar ese fenómeno de varios modos. Algunos escritores, como Estrabón, Plutarco y Diodoro de Sicilia, refieren que en el suelo del *ádyton*, bajo el templo, había una hendidura por donde surgían ciertos vapores que producían el delirio de la sacerdotisa y motivaban sus palabras enloquecidas. Sin embargo, esa teoría, que no es de la época clásica, sino bastante tardía, no ha podido ser confirmada ni desmentida. Los arqueólogos y geólogos modernos todavía no han acabado de ponerse de acuerdo sobre la veracidad de esta cuestión.

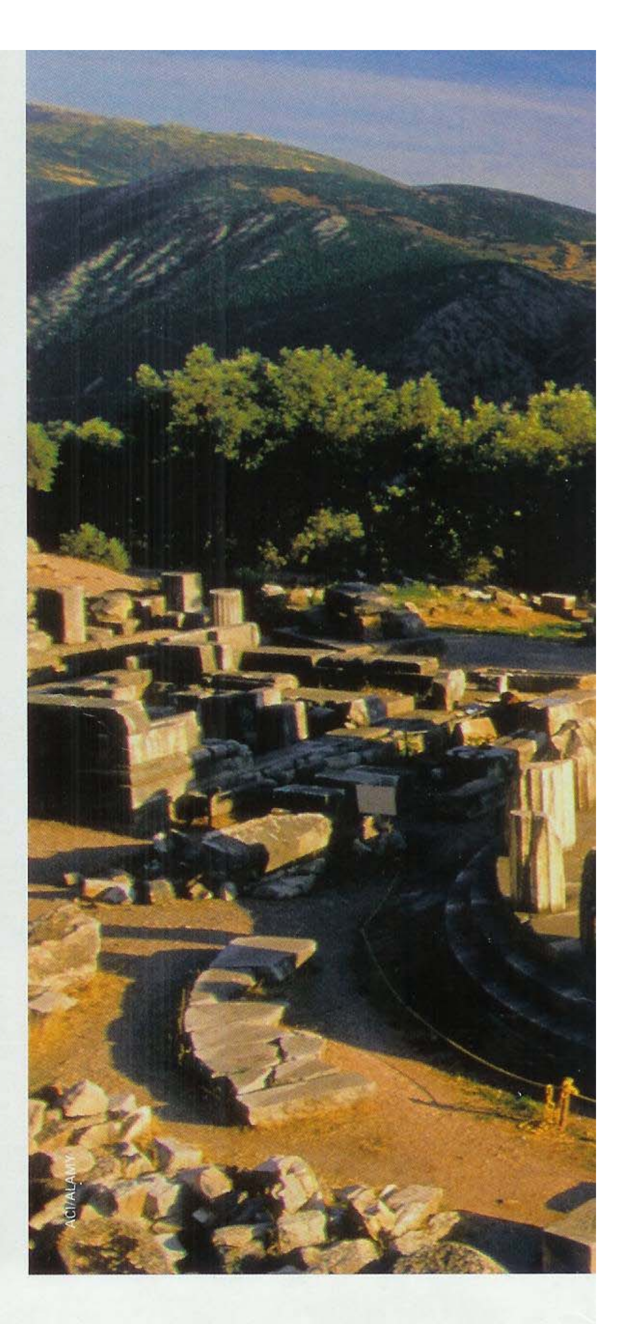
Sabemos que la sacerdotisa cumplía una serie de actos rituales: primero se bañaba y bebía agua de la fuente Castalia, situada en las proximidades del gran templo; luego tomaba en las manos una rama de laurel, el árbol sagrado de Apolo, y tal vez fumigaba o acaso masticaba algunas hojas del mismo. Finalmente, se sentaba en lo alto del trípode, otro de los emblemas del hijo de Zeus, en el subterráneo *ádyton*. Desde ese asiento ceremonial, vecino del sagrado *ómphalos*, la Pitia emitía sus oráculos, que luego los sacerdotes ponían por escrito, y, ya en época clásica, versificaban. Desde luego, es difícil calcular hasta dónde llegaba la intervención de estos «profetas» en la elaboración de las respuestas.



DAGLI ORTI



El dios Apolo en un detalle de un relieve helenístico en mármol del siglo II a.C. Museo Arqueológico del Pireo, Atenas



ACI/ALAMY

El primer mapa terrestre, dibujado por el filósofo Anaximandro hace dos mil quinientos años, tenía en Delfos el centro geográfico

el valle del río Pleisto se extienden los olivares inmensos hasta el mar azul. Un decorado, pues, muy teatral y un emplazamiento magnífico para un oráculo.

Aquí, a decir de los antiguos, se encontraba el centro del mundo. Según refiere el mito, Zeus había lanzado dos águilas desde los extremos opuestos de la Tierra para encontrarse en su centro y ambas se habían cruzado en este lugar santo. Una piedra blanca de forma ovoide simbolizaba, en el corazón del santuario, ese mítico *ómphalos* u «ombligo» del mundo. Todavía puede verse en Delfos –ahora en su museo– una réplica de esa piedra simbólica, que acaso en sus orígenes estuvo ligada al ritual de la Diosa Madre (encarnación primigenia de la fecundidad) o fue un monumento funerario de la serpiente Pitón, hija de la Tierra. En ella hay esculpidas unas cintas y nudos en recuerdo de las sacras ínfulas o bandeletas del culto primitivo, los ornamentos a modo de venda con los que se ceñían la cabeza los sacerdotes.

El primer mapa terrestre que se conoce, dibujado por el filósofo Anaximandro hacia el año 600 a.C., tenía a Delfos como centro de su diseño geográfico. Pero no quedaba todo aquí; ese lugar era mucho más: en él, proclamó el poeta Píndaro, se encontraba no sólo el ombligo de la Tierra, sino también la vía de comunicación entre el mundo subterráneo de los muertos, el terrenal de los hombres y el celestial de la divinidad.

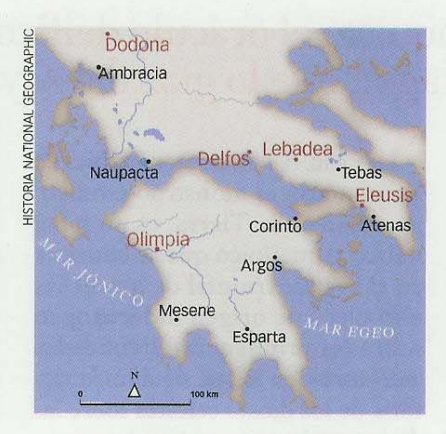
UN LUGAR PRIVILEGIADO

Cuando el viajero llega a Delfos por el camino que viene de Atenas ve a la entrada, a la izquierda, las ruinas de un bello templo circular de Atenea, un *tholos* del que quedan en pie tres airosas columnas, y, a la derecha, las ruinas escalonadas del santuario de Apolo, que todavía hoy dan una pálida idea de lo que fue su antiguo esplendor. Hacia el gran templo se ascendía por la Vía Sagrada,

Tholos **de Marmaria, el santuario de Atenea Pronaia, situado en el exterior del recinto consagrado a Apolo y levantado a principios del siglo v a.C. en estilo dórico. Los *tholoi* eran templos de planta circular**

jalonada por artísticos monumentos y magníficos templetes que guardaban los tesoros de las ciudades griegas. A la derecha se recortan altas las dos rocas Fedríadas, las «brillantes», de color rojizo, y entre ellas mana clara la fuente Castalia. El santuario contenía también, entre sus esbeltas construcciones, un teatro de medianas proporciones y, en una zona mucho más alta, el estadio donde cada cuatro años se celebraban los Juegos Píticos, los más importantes de Grecia tras los Olímpicos.

Los repetidos saqueos, terremotos e incendios fueron arruinando a lo largo de los siglos este lugar en el que el oráculo de Apolo gozó de un inmenso prestigio panhelénico, de tal modo que resulta difícil hacerse hoy una idea cabal de su esplendor en la época clásica. Todavía Plinio



GRANDES SANTUARIOS DE LA GRECIA ANTIGUA

Delfos fue el gran santuario panhelénico. Otros importantes centros religiosos y lugares de peregrinación fueron los de Dodona y Olimpia, vinculados a Zeus; el de Eleusis, cuyos misterios estaban relacionados con Deméter; y el de Lebadea, con oráculos manifestados a través del sueño

en el siglo I d.C. contaba en el recinto más de tres mil estatuas que habían sobrevivido a la acción devastadora de los saqueos humanos y de las catástrofes naturales. En el siglo II d.C., Pausanias concluía su *Descripción de Grecia*, la primera gran guía turística del mundo antiguo, contando la asombrosa riqueza monumental del santuario.

LA CONQUISTA DEL ORÁCULO

Pero la primera divinidad en esta sede oracular no fue Apolo, sino una gran diosa anterior al advenimiento de las divinidades que moraban en el Olimpo: la Tierra, una diosa madre del tipo de la que fue objeto de culto en el mundo minoico y que los griegos identificaron con Gea o Gaia. Ella fue la primera adivina, la Protomantis. Algunas reliquias ar-


La Vía Sagrada, con el Tesoro de los Atenienses al fondo, construido en mármol de Paros justo después de la instauración de la democracia en la capital del Ática (508 a.C.)

WOLFGANG KAEHLER

A través de la Vía Sagrada

EL PEREGRINO QUE LLEGABA a Delfos hacía su entrada en el recinto del santuario por una plaza porticada que conducía hasta la llamada Vía Sagrada. A lo largo de ésta se levantaban los distintos tesoros, pequeños edificios construidos por las ciudades griegas para agradecer al dios sus oráculos, precedidos por diversos monumentos votivos, como el toro de Corcira o las estatuas de bronce donadas por los atenienses para celebrar su victoria en la batalla de Maratón, o las que donaron los argivos para conmemorar su triunfo contra Tebas. Los tesoros de Sifnos, Megara, Siracusa, Cnido, Tebas, Beocia, Atenas y Corinto dan cuenta del grado de poder e influencia alcanzado por Delfos en los períodos arcaico y clásico, la época de su mayor esplendor. El trípode de Platea, en recuerdo de la batalla del mismo nombre contra los persas, daba paso ya a la explanada del templo, en la que se hallaban también, entre otros monumentos, una estatua colosal de Apolo y un gran altar consagrado a esta misma divinidad y ofrendado por la isla de Quíos. La salida del recinto se hacía por el pórtico occidental, un largo pasillo de 27 columnas. En el exterior del recinto, al fondo, en la falda del Parnaso, se hallaba el teatro, en el que, sobre todo, se realizaban actividades musicales en honor a Apolo.

El olímpico Apolo conquistó el oráculo délfico tras dar muerte a Pitón, el gigantesco dragón que lo guardaba, y que dejó insepulto

queológicas (unas pequeñas estatuillas femeninas) atestiguan ya su culto en época micénica, es decir, en los siglos XIV a XII a.C. Mas al final de la llamada «época oscura», en el siglo VIII a.C., como señala Homero, ya se había adueñado del lugar Apolo.

APOLO, EL SEÑOR DE DELFOS

El hijo de Zeus conquistó la sede oracular tras dar muerte a Pitón, el gigantesco dragón –más bien la dragona– que lo guardaba. Según una vieja etimología se explicaba el nombre de Pytho a partir del verbo *pytheisthai*, «pudrirse», porque el dios dejó insepulta la serpiente hasta que finalmente ésta se pudrió.

La lucha del joven arquero hijo de Zeus contra el monstruo ctónico, guardián de la Tierra, es un tema mítico arquetípico que se enmarca en el avance triunfal de los dioses olímpicos de origen indoeuropeo sobre las primigenias divinidades autóctonas, en lo que significa la victoria de los dioses celestes sobre las diosas madres terrestres.

La versión de que Apolo mató en feroz combate al dragón femenino –del que procede el nombre de la región de «Pito» o *Pytho*, sinónimo de Delfos; el epíteto de Pítico *(Pythikós)*, con que también se conoce a Apolo, y el nombre de su sacerdotisa, la Pitia– es la más difundida. Pero no la única: al comienzo de su tragedia *Las Euménides*, Esquilo cuenta otra versión distinta del mito, según la cual Apolo obtuvo el oráculo por su herencia materna, pues a la diosa Gaia la sucedió su hija Temis y a ésta su hermana Febe, madre de Leto, y abuela, por tanto, de Apolo, hijo de esta última y de Zeus.

En todo caso, sea por violencia o por herencia, queda clara la sustitución de una diosa de la tierra por un dios del cielo; un dios que, como Apolo, es peregrino y arquero. Es el luminoso señor de las profecías y de las purificaciones, del arco y de la lira, el dios de la música y de la poesía. El joven dios olímpico y solar, distante

El santuario de Apolo en Delfos, según una reconstrucción del siglo XIX; el oráculo se hallaba en el subsuelo del templo de Apolo, la construcción que domina sobre todas las demás. En Grecia, el recinto sagrado de los dioses, o *témenos*, solía estar rodeado de un muro, como en este caso.

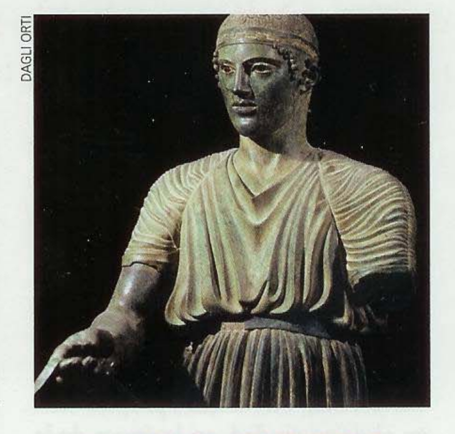
ESCUELA NACIONAL SUPERIOR DE BELLAS ARTES, PARÍS

y sabio, otorgaba a su santuario una singular atmósfera profética, que tomaba forma en sus oráculos.

Pero la voz de la divinidad no se recibe directamente, sino a través de ciertos mediadores: la sacerdotisa pitia y los sacerdotes o «profetas» del santuario son los encargados de responder a las cuestiones de los consultantes y transmitir las misteriosas respuestas apolíneas. Además, el dios sólo es accesible en ciertos días del mes y para acercarse a él hay que cumplir un rito bien preciso.

Por otra parte, Apolo, que habita en Delfos casi todo el año, se ausenta en los tres meses de invierno para ir al país de los piadosos Hiperbóreos, los habitantes del extremo norte de la Tierra con quienes el dios había permanecido antes de marchar a Delfos. Deja entonces el lugar vacante a su hermano Dioniso, que tiene también un espacio sagrado, su tumba, en Delfos.

DAGLI ORTI



EL AURIGA DE DELFOS, *EX VOTO* DE UN TRIUNFO

De los centenares de estatuas que hubo en Delfos muy pocas han reaparecido. De ellas la más notable es la del *Auriga*, que formaba parte de un conjunto escultórico más amplio, conmemorativo de la victoria de la cuadriga de Polizalo, príncipe siracusano, en los Juegos Píticos del 474 a.C.

LA CONSULTA DEL ORÁCULO

En un estado de ánimo especial, fuera de sí –poseída por un frenético entusiasmo–, es la sacerdotisa pitia quien recibe los mensajes de la divinidad. Lo hace sentada sobre un trípode sagrado en una cámara subterránea, el *ádyton*, en lo más recóndito del gran templo délfico, acompañada de algún sacerdote. Ella es la intérprete del dios, quien habla a través suyo. Los consultantes pueden escuchar su voz profética desde una oscura sala vecina, pero no verla. Luego los sacerdotes rememoran sus palabras y las ponen por escrito, a menudo en verso, para fijar con mayor precisión la respuesta oracu-

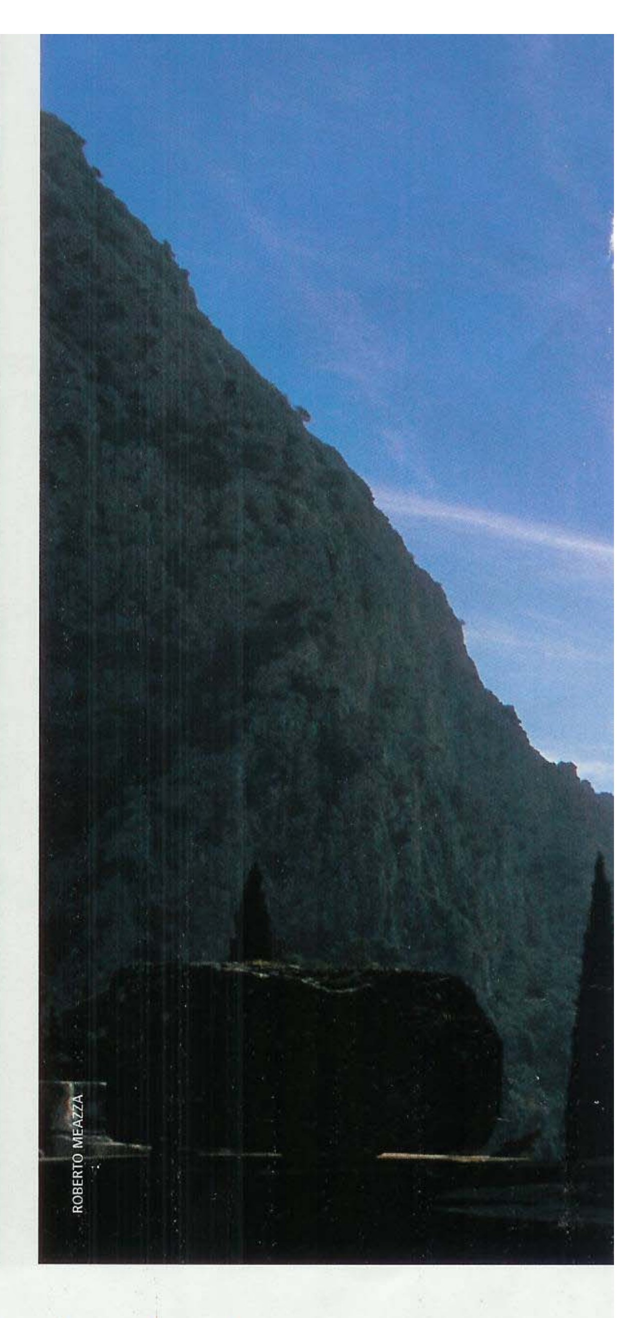
El oráculo se extingue

EL PRESTIGIO de que gozó Delfos fue muy grande en las épocas arcaica y clásica, coincidiendo con el apogeo de la colonización y expansión griegas de los siglos VII y VI a.C. A lo largo de ese período, el santuario fue el más acreditado centro de noticias de toda Grecia, y allí resonaron todas las hazañas y triunfos de las ambiciosas empresas abordadas por las diferentes ciudades helénicas. Aunque sufrió algún descrédito tras la Segunda Guerra Médica, en la que el oráculo, bien informado del enorme poderío persa, se sometió sin resistencia a los invasores, todavía en el siglo V y aún en el IV a.C. mantuvo su solemne renombre, aunque la gran mayoría de consultas era ya de carácter privado. Como la que llevó a cabo Querefonte cuando acudió a preguntar si había alguien más sabio que su maestro Sócrates y la Pitia le respondió que nadie. En época helenística se había extinguido toda la resonancia política del sitio y de la profetización délfica. La decadencia del santuario y del culto se agudizó de manera imparable en los primeros siglos de la era cristiana. Por fin, después de que el emperador Juliano intentase, en vano, remediar su triste ocaso, el emperador Teodosio clausuró para siempre el santuario, en nombre de la nueva fe cristiana, en el año 391 d.C.

En sus ruinas surgió en la Edad Moderna una pequeña aldea, Kastri, que pervivió hasta el siglo XIX. Fue en las dos últimas décadas de esa centuria cuando las excavaciones promovidas por Francia –y que pasaron por la demolición de Kastri– devolvieron a la luz los restos del que fuera centro espiritual de la Hélade.

ALBUM/LESSING

El *ómphalos* de Delfos en una copia helenística o romana, conservada en el museo de este yacimiento



«El dios, cuyo oráculo está en Delfos, no habla ni oculta, sino que indica», dijo Heráclito al hablar de los ambiguos augurios de Apolo

lar, muchas veces ambigua o enigmática. Antes de acudir al templo los consultantes debían cumplir una serie de normas: presentarse bien purificados, traer como ofrenda el *pélanos* (que originariamente fue una torta de cebada y luego una cantidad de dinero fija) y ofrecer para el sacrificio algún animal (unas cabras u ovejas), cuya carne en parte se quemaba en honor del dios y en parte se distribuía entre los asistentes.

Las consultas al oráculo podían ser muy variadas: de carácter público unas veces, de tipo privado otras. Pero las que dieron mayor prestigio al santuario en la época de su máximo esplendor y las de mayor interés histórico son las primeras. También algunos «bárbaros» procedentes de Asia Menor y Egipto consultaban el oráculo, como el famoso rey Creso de Lidia, uno de los más generosos benefactores de Delfos. Allí acudían también quienes se disponían a lanzarse a un viaje en busca de nuevas tierras, bien en nombre propio, bien en el de su ciudad, en la época de la temprana colonización griega del Mediterráneo. Delfos orientó así la fundación de numerosas colonias, como Cumas o Tarento en Italia, Siracusa en Sicilia o Cirene en Libia.

Quienes deseaban purificarse después de haber cometido crímenes de sangre se desplazaban también al santuario. Tal fue el caso de Orestes, que llegó perseguido por las Erinias tras haber dado muerte a su madre Clitemnestra en venganza por el asesinato de su padre Agamenón. Como cuenta el mito, Apolo aprobó este matricidio, aunque dejó la solución definitiva en manos de su hermana Atenea y del Areópago de Atenas.

Delfos ofrecía también el apoyo a algunas leyes y legisladores, como hizo con las del espartano Licurgo y con la constitución de Cirene. Incluso Platón tenía en la mayor estima esa sanción apolínea de las leyes humanas: «Es a Apolo, el dios de Delfos, a quien le compete dictar las más importantes y hermosas leyes: las que



Ruinas del templo de Apolo, centro de todo el culto délfico. Los restos que hoy pueden contemplarse datan del siglo IV a.C., cuando el templo fue levantado en estilo dórico, tras ser destruido por un temblor de tierra

se refieren a la fundación de los templos, los sacrificios y, en general, al culto de los dioses y de los héroes».

Pero la voz de Apolo no era nunca fácil de interpretar. «El dios, cuyo oráculo está en Delfos, no habla ni oculta, sino que indica», dice una sentencia del filósofo Heráclito, que alude así al ambiguo estilo de las respuestas délficas. Tal vez el mejor ejemplo sea la ofrecida al rey Creso de Lidia, que advertía: «Creso, si cruzas el río Halis, destruirás un gran imperio». Y Creso vadeó el río con su ejército para enfrentarse al rey Ciro de Persia, y sufrió una gran derrota. Destruyó así ciertamente un gran imperio: el suyo propio. El estilo del oráculo resultaba, pues, enigmático. Al mismo Creso le dio otra advertencia que el soberano lidio no alcanzó a descifrar: «Cuando un mulo llegue a ser rey de los medos, entonces, lidio de pies suaves, huye más allá del pedregoso Hermes, y no resistas, ni temas ser llamado cobarde». El ingenuo Creso no supo advertir a tiempo que ese «mulo» encubría una alusión a Ciro, retoño de dos razas: era hijo de una dama noble de la corte meda y un persa de humilde estirpe.

La ambigüedad de las respuestas del oráculo servía bien a los intereses de sus guardianes, siempre atentos a no comprometerse demasiado. Cuando los atenienses consultaron a la Pitia ante la amenaza de la invasión persa de Jerjes, el oráculo profetizó grandes desastres y les dijo que sólo se salvarían tras un muro de madera. Temístocles interpretó esa respuesta de acuerdo con sus planes; supuso que ese muro era el casco leñoso de sus barcos y mandó evacuar Atenas, que fue destruida por los persas, y refugiarse en la flota, que logró la victoria en Salamina. Sea como fuere, los griegos encontraron en el saber divino del oráculo una valiosa confianza para arrostrar las tensiones de la época arcaica y clásica y para sus audaces aventuras. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYOS

- Las redes del enigma
  A. Iriarte. Taurus, Madrid, 1990
- La religión griega en la *polis* de la época clásica
  L. Bruit y P. Schmitt. Akal, Madrid, 2002
- Diccionario de mitos
  C. García Gual, Siglo XXI, Madrid, 2003

INTERNET

- http://www.culture.gr/2/21/211/21110a/e211ja01.html